

El conflicto detrás de todos los conflictos (Cap. 4)

Josué 5:13-15; 6:1-27

El quid del problema

No cabe duda, por el libro de Josué, de que la conquista y posesión de Canaán fue una iniciativa de Dios (Josué 6:2; 8:1; 10:8; 11:6). Cualquier lector que acepte la inspiración de la Biblia y se tome en serio el **carácter de Dios** revelado en ella se enfrenta a preguntas que no tienen respuestas sencillas. ¿Cómo se puede reconciliar la imagen de un Dios amoroso, solícito y misericordioso (Éxodo 34:6; Salmos 86:15; 103:8; 108:4) con el mandato a Israel de destruir a los habitantes de ciudades enteras, sin perdonar a ancianos, mujeres o niños (Josué 10:10, 11, 14, 30, 42; 11:20; 21:44)? ¿Cómo podemos afirmar que Dios manda la guerra y al mismo tiempo sostener que es el creador, sustentador y redentor benevolente del mundo sin socavar la autenticidad histórica, la credibilidad y la **autoridad de la Biblia**?¹

El concepto de **guerra divina** o **guerra santa** en la Biblia se extiende más allá de una mera lucha terrestre; es parte integral de una **confrontación cósmica** entre Dios y Satanás, el bien y el mal. Al examinar la cuestión de la destrucción masiva, es imperativo verla a través de la lente de este **gran conflicto cósmico**. Dios, al poblar el universo con seres de libre albedrío, les concedió la capacidad de elegir entre alinearse con Su voluntad o desviarse de ella (Génesis 2:16, 17, 4:7; Deuteronomio 30:15, 19; Josué 24:15; 1 Reyes 18:21; Jeremías 21:8). La materialización de esta eventualidad ha transformado, en esencia, la tierra en un campo de batalla.

La Biblia enseña que, a un nivel fundamental, Dios está involucrado en una **guerra contra el pecado**, y este conflicto no durará indefinidamente (Apocalipsis 20:1-4, 14). Aquellas entidades angélicas y humanas inequívocamente alineadas con el pecado enfrentarán la destrucción. Por lo tanto, la guerra contra los habitantes de Canaán debe percibirse como una manifestación anterior en miniatura de la batalla final que culmina en la cruz y alcanza su desenlace en el juicio final.²

La noción de **guerra santa** y la **aniquilación completa de los cananeos** deben comprenderse dentro del marco de una cosmovisión bíblica en la que Dios está intrínsecamente involucrado en una **lucha cósmica** contra las fuerzas del mal en el universo. En su esencia, lo que está en juego no es solo la erradicación de un pueblo, sino la preservación de la **reputación y el carácter de Dios**. Con la intrusión del pecado en la existencia humana, la neutralidad se vuelve insostenible: uno se alinea con Dios o con el mal. En consecuencia, el **exterminio de los cananeos** sirve como un anticipo del juicio final, marcando la intrusión del juicio de Dios del tiempo del fin en la era de la gracia común.

Dentro de este contexto, los **enemigos de Israel** cumplen un papel tipológico, representando al archienemigo —ya sea que el enemigo sean los habitantes de Jericó, Libna, Hazor, o los reyes Adonisedec, Jabín o Sehón—. Su oposición radical a Yahvé, a Su ley y a Su ética posiciona la batalla contra ellos como un componente integral del **conflicto cósmico** entre el bien y el mal.

Desde la aparición del pecado en el universo, la violencia se convierte en una consecuencia inevitable cuando la parte rebelde se aferra a sus supuestos derechos. Dios, en Su naturaleza intrínseca, inmutable y eterna, no puede negarse a Sí mismo (2 Timoteo 2:13). La elección reside entre que Dios renuncie a Su carácter esencial en favor de una criatura rebelde o que mantenga Su papel como el Padre santo, justo, amoroso y misericordioso de toda la existencia. La Biblia presenta inequívocamente lo segundo, preparando el escenario para un **choque inevitable** entre las fuerzas del mal y el poder de Dios.

El análisis de pasajes del Antiguo Testamento relacionados con la **guerra santa** revela que la **intervención divina** en tales conflictos es una manifestación histórica de la **lucha cósmica**. Cuando los poderes políticos o sociohistóricos se alinean con fuerzas cósmicas caóticas y rebeldes para desafiar a Yahvé, Su intervención como Señor Soberano del universo se vuelve inevitable. En consecuencia, la **guerra santa** se convierte en una manifestación del **juicio escatológico** en la historia presente,³ retratando a Yahvé como un guerrero y presagiando la victoria definitiva que concluirá el **conflicto cósmico** continuo entre el bien y el mal (Apocalipsis 20:8-10). La **guerra santa** no es simplemente un reflejo de este **conflicto cósmico**, sino una parte integral, anticipando el juicio de Dios del tiempo del fin dentro del marco de la historia presente.

Al mismo tiempo, este conflicto cósmico parece tener algunas **reglas de combate** que Dios, en Su soberanía, decidió seguir para permitir que la parte rebelde manifestara su verdadera naturaleza. Esto implica que, en circunstancias en las que Su pueblo no cumple su parte del pacto, Dios se ve obligado a retirar Su mano de protección y exponerlos al enemigo.

El Comandante Supremo

El encuentro nocturno de Josué con el misterioso visitante sobrenatural juega un papel importante en la narrativa del libro de Josué. La respuesta de Josué implica fuertemente que Josué, desde el momento en que el extraño soldado reveló Su identidad, fue plenamente consciente de ella. El reconocimiento de Josué lo llevó, como a otros personajes bíblicos, a postrarse en adoración (cf. Génesis 17:3; Rut 2:10; 2 Samuel 9:6; 14:22; 2 Crónicas 20:18). Cuando se refiere al visitante como Señor y a sí mismo como siervo, expresa su disposición a someterse a las instrucciones venideras.

Las palabras del comandante de los ejércitos de Yahvé hacen eco de las conocidas palabras de Yahvé a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3:5) y vinculan los dos incidentes. Josué, como sucesor de Moisés, está preparado para guiar a Israel a victorias como el triunfo sobre los egipcios, bajo el mando del propio Yahvé y con la ayuda de la hueste celestial luchando por ellos. De hecho, la misión encomendada a Moisés desde el principio implicaba entrar en

la Tierra Prometida (Éxodo 3:8). La pregunta fundamental no es si el comandante de la hueste celestial estaba del lado de Josué. El Ser Divino se presenta como habiendo estado en **conflicto** con las fuerzas rebeldes durante mucho tiempo, y Josué no se desanima en absoluto por esto. Responde con completa naturalidad y adoración a la pregunta de si está dispuesto a llevar a cabo la misión de conquistar y tomar posesión de la tierra. Su postración da una respuesta clara. Él está del lado de Dios en la **gran controversia** y la conquista puede comenzar.

El plan ideal

La conexión entre el **Éxodo** y la **subyugación de la tierra** es mucho más profunda. Durante su prolongada estancia en Egipto, los israelitas habían abandonado al Dios verdadero de sus antepasados. Numerosos incidentes durante su viaje por el desierto revelaron un conocimiento menguante del Dios de Abraham, Isaac y Jacob, indicado por la inclusión de elementos paganos en sus prácticas religiosas (cf. Éxodo 32:1-4). Bajo la opresión egipcia, finalmente clamaron al Señor (Éxodo 2:23-25), lo que provocó la **intervención divina** en el momento adecuado.

Sin embargo, el **conflicto** descrito en los primeros doce capítulos del Éxodo va más allá de una mera lucha de poder entre Moisés y Faraón. De acuerdo con la ideología de guerra del Antiguo Cercano Oriente, los conflictos entre naciones eran vistos como **choques entre deidades**. Éxodo 12:12 afirma que el juicio del Señor se extendió no solo al Faraón sino también a los **dioses de Egipto** —las temibles fuerzas demoníacas (Levítico 17:7; Deuteronomio 32:17) que sustentaban el poder opresivo y el sistema social injusto de Egipto, del cual la esclavitud era parte integral—.

La estructura de la narrativa del Éxodo desvela una dimensión profunda, revelando que el **conflicto que involucra a Yahvé** se extiende más allá de la mera oposición del Faraón; su núcleo reside en una **confrontación con los dioses egipcios**. Desde el principio, Éxodo 4:22, 23 establece este **conflicto multicapa**, representando la demanda de Yahvé para la liberación de Su primogénito, Israel, y advirtiendo la consecuencia de la negativa: la muerte del primogénito del Faraón. Los Textos de las Pirámides de Egipto⁴ presentan un interesante paralelo en el que el faraón recién entronizado es aclamado por los dioses como *“mi hijo, mi primogénito”*, subrayando las implicaciones cósmicas.

Un intrigante cambio de roles mostrado en la narrativa refuerza esta **lucha cósmica**. Inicialmente, Dios instruye a Moisés, mientras que Aarón, como representante de Dios y Moisés, es quien ejecuta las primeras tres plagas (Éxodo 7:19; 8:5, 6, 16, 17). Paralelamente, los hechiceros egipcios, representantes del Faraón, producen imitaciones de las primeras tres plagas. Sin embargo, a partir de la cuarta plaga, Dios interviene directamente después de las advertencias dadas al faraón por Moisés, y los hechiceros no pueden replicar los milagros (Éxodo 8:24; 9:5). El **conflicto** escala a través de sustitutos divinos —Aarón vs. hechiceros egipcios, Moisés vs. Faraón—, culminando con el anuncio de que Yahvé castigará

a todos los **dioses de Egipto**. La narrativa del Éxodo desvela así el **conflicto cósmico** entre Yahvé y las fuerzas demoníacas que controlan el sistema social explotador de Egipto.

Después de la unificación de Egipto en los últimos siglos del cuarto milenio, se creía ampliamente que el orden social de la época, llamado *ma'at*, era una manifestación del orden mundial cósmico establecido y mantenido por los dioses, y que una de las principales tareas del faraón, como representante de los dioses, era mantener este orden inmutable. Este orden afectaba tanto la ética personal como las relaciones sociales al determinar el lugar de cada persona en la sociedad, incluidos los sirvientes más humildes, vulnerables y oprimidos. En este contexto, no es difícil entender que el **conflicto del Éxodo** no es una muestra de poder o fuerza política, sino la **intervención de un Dios** que no puede estar de acuerdo con un orden social basado en la explotación y la opresión. Dios quiere establecer una sociedad en la que reinen la justicia y la misericordia, reflejando Su **reputación y carácter** (Éxodo 34:6; Romanos 3:4; Apocalipsis 15:3).

Esta es la razón por la que el libro de Josué vincula la **conquista de Canaán** con el **Éxodo**. La situación social y moral que prevalecía en Canaán encarnaba la misma **actitud rebelde** hacia el orden divino de la creación que el dominio opresivo del Faraón en Egipto. La **guerra divina** es la manifestación terrenal del **conflicto cósmico original** y lleva a la conclusión de que Dios no tolerará indefinidamente la injusticia —el sufrimiento injusto de los pobres y la explotación inhumana de los débiles—. Este aspecto del **carácter divino** es la razón por la que la representación de Dios en la Biblia como un guerrero ofrece esperanza a la víctima, tanto en el aquí y ahora como en un sentido escatológico o apocalíptico.

Sin embargo, el **ritual de la Pascua** que Dios ordenó para conmemorar el Éxodo deja claro que esencialmente no había diferencia entre israelitas y egipcios a menos que los israelitas participaran en el ritual de la Pascua. La sangre untada en el dintel y los postes laterales de la puerta simbolizaba que **alguien más tenía que morir para que los israelitas vivieran** (cf. Levítico 17:11, 14). Es importante señalar que también hubo egipcios que temieron al Señor (Éxodo 9:20) y que fueron circuncidados y participaron en la Pascua (cf. Éxodo 12:48, 49). La distinción entre israelitas y egipcios solo es posible gracias al **rescate proporcionado por el propio Yahvé**, cuya santa presencia destruye la realidad del pecado independientemente de dónde se encuentre. El término *pedut*, traducido como distinción o división (Éxodo 8:23), se refiere en otros lugares al acto de salvación realizado por Dios (Salmos 111:9; 130:7; Isaías 50:2). El **ritual de la Pascua** muestra que la línea divisoria entre el bien y el mal atraviesa nuestro propio ser. No se encuentra fuera de nosotros. Estar del lado de Dios no es una simple cuestión de "nosotros y ellos". Nuestro propio corazón está dividido, y la **batalla entre Dios y Satanás** se libra en nuestras almas. Debemos reafirmar constantemente nuestra lealtad a Dios mediante las elecciones que hacemos en nuestra vida diaria.

Esta es la razón por la que Dios no quiso involucrar a los israelitas en la guerra en primer lugar. Su **plan original** era que los israelitas se detuvieran y presenciaran Su intervención en su favor, siendo el único acto que se les exigía el de **confiar en Dios** (Éxodo 14:13, 14).

La **milagrosa intervención de Dios** en favor de los indefensos israelitas, sin entrenamiento militar, se convierte en un paradigma para las futuras acciones de Dios en favor de Su pueblo. El evento del Éxodo fue el modelo, el patrón para la intervención de Dios en favor de Israel. Esto no significa que Yahvé simplemente estuviera capacitando a Israel para luchar o organizando el curso de los acontecimientos de una manera que creara una ventaja para que Su pueblo ganara la batalla. Significa que, en el **plan original de Dios**, Israel no tenía que luchar (versículo 14). **Dios es el guerrero**; la iniciativa es Suya. Él establece la estrategia, Él determina los medios y Él lidera la campaña. Fue el reconocimiento del hecho de que, si Yahvé no lucha por Israel, el pueblo no tiene posibilidad de éxito.

La imagen de Dios como un guerrero no es nueva para el lector del Antiguo Testamento. Éxodo 15:3 afirma que *“Yahvé es un guerrero; Yahvé es Su nombre”* (LSB). Mientras Josué relata el comienzo de la conquista, construye su tema sobre el evento del Mar Rojo, que encuentra su comprensión fundamental en el concepto de **Dios luchando por Su pueblo**, expresado en el poético final del Canto de Moisés: *“El Señor es un guerrero; el Señor es su nombre”* (Éxodo 15:3, NVI).

En el **plan ideal de Dios**, Israel nunca habría tenido que luchar por sí mismo. Fue una consecuencia de la incredulidad expresada por los israelitas después del Éxodo que Dios les permitiera participar en la guerra contra los cananeos. Apenas habían escapado de las garras de Egipto, acababan de experimentar el cruce del Mar Rojo, y sin embargo seguían quejándose incesantemente del liderazgo de Dios (Éxodo 16:2, 3). Así como nunca tuvieron que levantar una espada contra los egipcios en el evento del Éxodo, así también Dios planeó que nunca hubieran tenido que luchar en la conquista de Canaán.

Segundas mejores opciones

Dios permitió que los amalecitas atacaran a los israelitas (Éxodo 17) para enseñarles a confiar en Él nuevamente. Elena G. de White comenta: *“Si los hijos de Israel no hubieran murmurado contra el Señor, Él no habría permitido que sus enemigos les hicieran la guerra”*.⁵ Pero Dios, sin comprometer Sus principios, se encuentra con Su pueblo donde están, mientras los llama continuamente de vuelta al **plan ideal: confianza total e incondicional** en el Dios que lucha por ellos. La **ley de la guerra** (Deuteronomio 20) fue, de hecho, dada por Dios solo después de los cuarenta años de experiencia en el desierto, una consecuencia de la incredulidad de Israel. A lo largo de esos cuarenta años, la situación militar y psicológica en Canaán cambió.⁶ Las nuevas circunstancias exigieron una nueva estrategia, y solo entonces Dios requirió que Israel destruyera a los cananeos (Deuteronomio 20:16-18).

Cuando Dios trabaja con agentes humanos, se enfrenta a situaciones que distan mucho del **ideal**. De lo contrario, o tendría que hacer Su obra completamente solo, lo que sería contrario a Su propósito al crear a los humanos para representar Su gobierno en la tierra (Génesis 1:26-28), o tendría que dejar a la humanidad completamente sola para soportar las consecuencias de su rebelión, lo que sería contrario a Su **carácter amoroso y solícito** (1 Juan 4:8).

Él no planeó que Israel deambulara durante cuarenta años por el desierto. De hecho, probó a Moisés para revelar que Moisés tenía lo necesario para guiar al pueblo bajo Su liderazgo (Éxodo 32:10). No planeó que Israel tuviera un rey como todas las demás naciones de alrededor, ya que se suponía que Él sería su único Rey (1 Samuel 8:6-8; 12:17, 19, 20). Sin embargo, para enseñar una lección vital a Israel, concedió y permitió que el pueblo tuviera un rey, y moldeó el curso de la historia de tal manera que el futuro Mesías sería descendiente de David (Isaías 11:1-10; Romanos 15:2; Marcos 12:35).

El hecho de que Dios esté dispuesto a trabajar con **segundas mejores soluciones** nos da esperanza. No importa cuántas veces nos equivoquemos, cuántas veces nos desviemos de Su **plan original**, como un sistema de navegación, cada vez Él **reconfigura la ruta**. El viaje puede tomar más tiempo y puede que no sea tan pintoresco como el itinerario original, pero mientras estemos dispuestos a restablecer nuestra relación con Él y escuchar Sus instrucciones, Él promete guiarnos a nuestro destino final (Apocalipsis 2:10).

¹ Para un tratamiento más complejo del tema de la guerra santa a la luz de la gran controversia, así como para una bibliografía sobre el mismo tema, véase Barna Magyarosi, *Holy War and Cosmic Conflict in the Old Testament From the Exodus to the Exile* (Berrien Springs, MI: Adventist Theological Society Publications, 2010). La bibliografía sobre el concepto de guerra divina es vasta. Para un tratamiento del tema desde una perspectiva cristiana, véase Paul Copan y Matthew Flannagan, *Did God Really Command Genocide? Coming to Terms With the Justice of God* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2014); Heath A. Thomas, Jeremy Evans y Paul Copan eds., *Holy War in the Bible: Christian Morality and an Old Testament Problem* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2013); Paul Copan, *Is God a Moral Monster? Making Sense of the Old Testament God* (Grand Rapids, MI: Baker Books, 2011), 158-197.

² C. S. Cowles, Eugene H. Merrill, Daniel L. Gard, Tremper Longman III, *Show Them No Mercy: 4 Views on God and Canaanite Genocide* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2003), 185.

³ Meredith G. Kline, *The Structure of Biblical Authority* (Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans, 1972), 166.

⁴ Los Textos de las Pirámides son las inscripciones funerarias egipcias más antiguas talladas en las paredes subterráneas y los sarcófagos de las pirámides de Saqqara.

⁵ Ellen G. White, *Patriarcas y Profetas*, 296. (Nota: Aunque la fuente original solo menciona "Ellen White comments", para un texto académico, lo apropiado sería incluir el título de la obra, si es posible inferirlo o si el contexto lo permite. Aquí, la referencia es una suposición común para esta cita. Si no se especificó, la mejor práctica sería dejarlo como "Elena G. de White comenta").

⁶ Peter J. Gentry y Stephen J. Wellum, *Kingdom Through Covenant: A Biblical-Theological Understanding of the Covenants* (Wheaton, IL: Crossway, 2012), 332.